

Sesión del día 17 de febrero de 1928

El Doctor Cardenal, académico

POR EL DR. MENACHO

Cuando en un momento de efusión acepté el encargo que se dignó hacerme esta Real Academia para honrar la memoria de nuestro ilustre compañero Don Salvador Cardenal y Fernández, movido por la admiración y simpatía que me inspiraba su pujante personalidad, no calculé la pesadumbre de la tarea que echaba sobre mis hombros; pero una vez aceptado, constituye para mí un deber ineludible, y en este momento cumplo el mío, confiado en vuestra benevolencia.

La Real Academia de Medicina de Barcelona ha sufrido una pérdida tan grande con la muerte del Dr. Cardenal, como la que sufriría un organismo al que se le amputara un órgano necesario para su existencia, porque además de su valer personal tenía para nosotros otra significación aún más preciada; la que le daban los 42 años de riguroso cumplimiento de sus deberes académicos, plazo al que muy pocos habrán llegado, pero seguramente sin igualarle en el cumplimiento estricto de sus deberes, hasta el fin. Por estas circunstancias es natural que esta Academia, que tantas pruebas de estima y de predilección había recibido del Dr. Cardenal, que le había ofrendado, sin regateo, los bienes de su preclaro talento y de su esclarecida práctica, le rinda un homenaje que guarde cierta relación con los servicios que de él llevaba recibidos, aunque por lo que a mí se refiere temo quedar a mitad de camino, cohibido por la insuficiencia de mis dotes, que no guardan relación con la sinceridad de mis propósitos y con los deseos de todos nosotros, de honrar, cumplidamente, su memoria.

Estas solemnidades tienen siempre un tinte de tristeza, porque son para todos un aviso que nos llama a la realidad y nos recuerda que al polvo hemos de volver, y aunque bien sabido lo tenemos, en el torbellino de la vida moderna pasamos mucho tiempo sin acordarnos de ello, o cuando más, se asoma esta idea a los abismos de la subconsciencia, en la que los recuerdos resultan tan confusos que no logran borrar el relieve con que se dibujan las determinaciones voluntarias y los actos reflejos que a cada instante despierta nuestro constante contacto con el mundo exterior. Pero el tiempo, sigilosamente se desliza, y sigilosamente nos empuja por la pendiente que conduce al dominio majestuoso del Infinito, en cuyas lindes pasamos nuestra vida aguardando nuestra hora, que por tarde que llegue suele sorprendernos: por inesperada, por inoportuna y por temprana. En vano se ha dicho, que "para el que no ha tenido más actividad que la del espíritu, la muerte es la eliminación del obstáculo", pues sólo los místicos o los profundos creyentes, convencidos de haber cumplido su misión sobre la tierra, suelen recibir con alegría el tránsito a la Mansión de la Luz, que los demás suelen recibir con horror, o con forzada resignación. Por esto un gran genio, y aún más grande bienhechor de la Humanidad, Pasteur, dijo refiriéndose a la Fe: "Yo me pregunto en nombre de que nuevo descubrimiento filosófico o científico se pueden arrancar del alma humana esas elevadas preocupaciones"; y añadía: "La idea de Dios es una forma de la idea de lo infinito. Mientras el pensamiento de lo infinito pese sobre el pensamiento humano, se elevarán templos a su culto, y en las losas de esos templos veréis hombres arrodillados, prosternados, sumidos en el pensamientos de lo infinito".

Estos hermosos conceptos, avalorados por el inmenso prestigio de quien estaba acostumbrado a sondear los arcanos de la vida y a resolver problemas, que durante una larga cadena de siglos habían torturado la mente de los sabios, llenan nuestro corazón de una esperanza inefable y alejan de nuestra alma ese vago temor al más allá, y nos hacen esperar que nuestro querido amigo habrá hallado recompensa por los innumerables bienes que prodigó a los enfermos pobres de los hospitales, a los que dedicó la mayor parte de su árdua y brillante labor.

Un imperioso deber de justicia nos mueve a reconocer en este momento, que si siempre es

lamentable para una Corporación la pérdida de un académico, lo es mucho más cuando este reúne, como reunía el Dr. Cardenal, todas las excelencias: talento, vigor intelectual, habilidad quirúrgica insuperable, vasta práctica, carácter, constancia en su actuación académica, independencia, autoridad científica, dignidad profesional y elevado criterio, que formaban su aureola de Maestro; y si quien estaba adornado de tantas y tales excelencias las dedicaba con asiduidad y constancia al cumplimiento de sus deberes corporativos, merece ocupar, no tan solo el lugar que ocupó en vida en los muros de este salón entre los académicos ilustres fallecidos, si que también un lugar muy preferente en nuestros corazones.

Permitidme que comente algunas facetas de la personalidad del Dr. Cardenal, porque si bien soy enemigo de los elogios cuando pueden trascender a servilismo, cuando se dirigen a quien ha transpuesto ya los umbrales de la Eternidad, tienen un significado de independencia que me seduce. Empezaré por decir que desde que terminó sus estudios destacó por su talento, que a impulso de su constancia y del método que observó en su trabajo, fué tomando incremento hasta convertirse en una gran mentalidad, que se manifestó con los caracteres de un genio en los dominios de la Cirugía; más no entraré en este terreno, reservado a mis compañeros los Doctores Trias y Corachán, pero sí diré, que su cerebro era un aparato tan admirable, que permitía a su Yo, desde el polígono de los centros corticales, enviar sus determinaciones volitivas de un modo tan ejecutivo por lo inmediato y definitivo, que en él cabía el símil, de que las ideas eran relámpagos de su alma; y si como decía Buffon: el estilo es el hombre, sus escritos y sus conversaciones nos patentizaban que la estructura de sus elementos nerviosos era perfecta; los cruces bien delimitados; vigor intelectual; los centros de la intelectualidad bien enlazados entre sí y con las vías centrifugas, así es que su comprensión era inmediata, y sus resoluciones, súbitas. Por esto cuando hablaba se atropellaban las palabras en su boca, porque sus ideas surgían en su mente aún más aprisa, pero no por eso faltas de peso y de medida, pues figuraba entre aquellos sabios para los que la claridad en el concepto es una cualidad esencial, y no necesitaba ser confuso para ser profundo, ni ser pesado para ser grave.

Su inteligencia era inductiva, en el sentido de que miraba a la realidad y formaba sus ideas generales con arreglo a las circunstancias que apreciaba, pero sin llegar a formarse dogmas definitivos; era, lo que me place llamar una inteligencia objetiva, y los conocimientos así adquiridos venían a constituir como una apariencia de postulados de los que procedían sus resoluciones prácticas.

Con esto ya os he dicho que no era un orador correcto, por más que hubiera sido un tormento para los taquígrafos; pero si el buenestilo consistiera en pensar fuerte, sentir hondo y hablar claro (como decía Ros de Olano), entonces hubiese figurado entre los buenos oradores, porque aquel hablar rápido, sumario, con sus frases cortadas, expeditivas, en las que cuidaba más de expresar sus ideas que de darles forma gramatical o académica, era la imagen fiel de su cerebro, del que brotaban las ideas a borbotones, empujándose unas a otras, para dejar el paso libre a las que venían tras de ellas.

Tenía Cardenal (llamémosle sencillamente así), además de una poderosa inteligencia, algo que constituye su mejor complemento para aprovecharla, tenía una excelente memoria. Se ha dicho que la inteligencia, sin la memoria, es una criba que sólo retiene los hechos capitales; y es muy cierto. Por eso conservó su vigor intelectual hasta una edad tan adelantada, lo que le permitía discutir sin manifestar fatiga, y hacerse cargo de todas las incidencias dentro de la mayor corrección.

Se ha dicho de Cardenal que "superó y venció la vejez cronológica, por la inquietud y la curiosidad crecientes de su espíritu, que le impidió desertar, apesar de los años, desde las avanzadas de la lucha profesional y científica que ocupaba a la posición de cómoda retaguardia que su historia y su copiosa labor le brindaban" (Dr. Marañón), y eso era rigurosamente exacto, y lo fué hasta la hora de su muerte, porque su última enfermedad, que fué súbita en su aparición, fué también ejecutiva en su marcha y fulminante en su terminación fatal, que sobrevino antes de terminar el segundo día.

Su extensísima clientela, hija de su sólida preparación práctica anatómica; de su portentosa habilidad quirúrgica; de la oportunidad con que llegó al estadio de la cirugía en el momento en que ésta se transformó, de enclenque ramilla en robusto tronco; de su apostolado de divulga-

ción de la antisepsia quirúrgica y de los procedimientos más audaces de la técnica; le valió una popularidad de esas que se manifiestan por la supresión de todo tratamiento, y para el pueblo, era sencillamente "*en Cardenal*"; y en el mercado público, que es un verdadero popularímetro, circuló la noticia de su muerte antes de las cuatro horas de ocurrida, y suscitó sentidos comentarios, porque para el pueblo en general, Cardenal era el símbolo de la Cirugía; era un valor tradicional por el medio siglo que llevaba de actuación, y un ídolo, por la copiosísima clientela que tenía por su constante actividad quirúrgica.

Su carácter había sido vehemente, apasionado, pero los años se lo fueron templando, gracias al gran caudal de experiencia que los acontecimientos se encargan de acumular en quienes llevan una vida tan intensa, entre los dolores de los hombres (que son una panacea contra el odio, la vanidad y la intransigencia), y el dolor de las gentes (que conduce a la desilusión, al desengaño y al cansancio de la lucha). Pero es en vano que pretendamos emanciparnos de las características que constituyen nuestra personalidad, cuyo surco se va ahondando de día en día; por esto él, acostumbrado a las soluciones rápidas y cruentas, era rápido en sus juicios y terminante en sus resoluciones.

No es frecuente en nuestro país hallar en amigable compañía al talento con la constancia, pero Cardenal, era uno de esos casos raros en el que se juntaban en amigable consorcio; el talento, con el arte quirúrgico y la asiduidad, formando un oro finísimo, de muchos quilates. Era tan constante, que bajo una apariencia de desorden, el horario que se había formado a su antojo y para su uso particular, lo seguía ordenadamente, y llevaba al día, en su libreta, las operaciones que practicaba, con su número de orden dentro de la clase a que correspondían, y sabía las operaciones que había practicado, ¡hasta la última!; así es que el jueves, 23 de abril, pocas horas antes de enfermar, practicó su operación núm. 10 223, y el día anterior había practicado su 2.714 laparatomía, y apesar de una labor tan agobiadora, aún tenía tiempo para asistir a las Juntas de que formaba parte, principalmente a nuestra Real Academia, de la que era quizás el más asiduo de sus miembros, no sólo en las sesiones, si que también en las Comisiones, que es donde se aquilata el verdadero fervor con que se cumplen los deberes académicos; y lo hacía así, porque como él mismo decía, al aceptar el cargo de Académico, de número lo aceptó con todas sus obligaciones, y decía más, añadía, que si algún día su salud o la disposición de su ánimo no fuesen propicias a su cumplimiento renunciaría, antes de figurar entre los que sólo buscan la ostentación del cargo y eluden las cargas que lleva anejas.

Precisamente por lo intensa que fué su actuación en el seno de esta Academia no me será posible relatarla cumplidamente, pero he de mencionar algunos de sus trabajos como muestra de su actividad, y entre ellos comentaré brevemente su discurso de ingreso, algunas de sus últimas conferencias y discusiones en que tomó parte, y el último discurso de presentación de un señor académico.

Nuestro compañero ingresó en esta Academia, siendo aún muy joven, a los 33 años, cuando ya era tenido en alta estima por sus trabajos en la Facultad de Medicina, en la práctica hospitalaria y entre la clase médica, por su "*Guía práctica para la cura de las heridas y la aplicación del método antiséptico en cirugía*", que se agotó muy pronto por el interés que despertó el nuevo método de tratar un tema de tanta importancia.

Su discurso de ingreso, lleva la fecha de 13 de junio de 1885, y por título: *Criterio quirúrgico actual de la inflamación*, y era un alegato sobre la base fundamental de toda la doctrina antiséptica, y único fundamento lógico de toda práctica quirúrgica, según su autor, quien condensaba su criterio sobre la inflamación en los siguientes términos: "es un desorden de nutrición de los tejidos vivos, producido por la penetración en ellos de un agente exterior eminentemente deletéreo (noxas), y constituido patológicamente por la exageración temporal de sus actividades nutritivas, con tendencia a la formación de verdaderos exudados y a la transformación de estos en pus". Hay que considerar que nos hallábamos entonces en plena transformación de las antiguas teorías, combatidas por los recientes trabajos de Pasteur en el terreno de la biología, de Lister en el de la cirugía y de Billroth en el de la anatomía patológica, y aquellas afirmaciones de Cardenal, que en aquel momento produjeron la impresión de una opinión aventurada, aunque actualmente parezcan una afirmación tímida de la teoría de la infección, constituye sin embargo un rasgo de audacia, que sólo cabe en hombre de sólidos conocimientos y con

plena confianza en sí mismo; porque precisamente en el momento en que escribía su discurso, eran muy vivas las discusiones entre los partidarios y los enemigos de la teoría microbiana de la infección en toda Europa. En la Cátedra de Patología médica de la Universidad de París, yo asistí a las Conferencias del Profesor Peter, que esgrimía con más brillo que razón la sátira mordaz de su ingenio, batiendo en brecha, sin contemplaciones, la bienhechora y renovadora obra del genial Pasteur, cuya divulgación y adaptación en las Clínicas quirúrgicas revestía modalidades que después nos han parecido ridículas, pero que estaban inspiradas en el loable propósito de impedir, por los medios lógicamente imaginables, el acceso de gérmenes patógenos al campo operatorio.

Leyendo hace pocos días el discurso de ingreso de nuestro malogrado amigo, hacía revivir en mí con verdadera delectación el recuerdo de las discusiones que entre compañeros de Barcelona y de París sosteníamos en aquella fecha acerca de los temas de punzante actualidad, en particular cuando salíamos caldeados de las conferencias del Dr. Peter, quien con sus apasionados argumentos ponía en ebullición la sangre de tirios y troyanos, de partidarios y enemigos de las nuevas ideas sobre la infección. El comentario de dicha tesis me llevaría demasiado lejos y no podría tratar de otros muchos asuntos de los que no puedo prescindir, y solo copiaré una parte de la conclusión 4.ª para demostraros, que no se anduvo con medias tintas, pues decía en ella: "...la inflamación supurativa reconoce siempre por causa la intervención de un agente patógeno vivo (noxas) y es, por consiguiente, siempre producto de una infección."

En 1880 publicó, como ya he indicado, su "Guía práctica para la cura de las heridas y la aplicación del método antiséptico en cirugía", que se agotó bien pronto, y en 1886 publicó la segunda edición de dicha obra, corregida y aumentada, con el título de: *Manual práctico de Cirugía antiséptica*, hermoso volumen de 750 páginas, en 4.º profusamente ilustrado, en el que las dos primeras lecciones, a guisa de introducción, eran su discurso de ingreso en esta Academia, según él mismo indica. En el curso de la obra hace una exposición clínica de la Cirugía, comprendiendo la práctica antiséptica y de los modernos procedimientos quirúrgicos, terminando con una exposición práctica de la técnica histopatológica. Este libro fué su verdadera obra de fondo, que merece especial mención, porque de su publicación arranca el resurgimiento de la Cirugía en la región catalana, en la que tan alto grado de desarrollo ha alcanzado.

Mencionaré algunas de sus conferencias dadas en este mismo salón en estos últimos años: El 26 de marzo de 1917 y en otra sesión subsiguiente, trató de: *Presentación de operados de injerto óseo*, tema de actualidad en aquella fecha, aportando cinco operados, que eran cinco casos excelentes; y en su exposición dió pruebas patentes de su veracidad, refiriendo al detalle las incidencias de la curación, que según la imaginación del expositor hubieran podido semejar filigranas salidas de manos de un artífice excelso, y que tuvo a gala exponer con los toques velazquianos de la realidad, como era en él habitual.

En la sesión del 25 de mayo de 1918, presentó: *Un caso de epilepsia jacksoniana curado por la operación*. Era interesante porque los ataques cesaron con la intervención, pero las incidencias ocurridas, relatadas sin eufemismos, demuestran que era un cirujano firme sin dejar de ser prudente, y que tenía siempre presente aquella noble máxima que jamás deben olvidar el médico ni el cirujano: "Prima non nocere".

En la sesión del 31 de enero de 1920, disertó: *De la curabilidad operatoria del cáncer, fundada en el conocimiento de su patogenia y del estado precanceroso*; con su gran sentido clínico de siempre. La síntesis de su pensamiento se condensa en estos términos: Existe un primer período de *hiperplasia epitelial primaria*, enteramente benigno y que corresponde a la simple hipertrofia glandular y al adenoma benigno; un 2.º período de *hiperplasia epitelial secundaria*, de benignidad más o menos dudosa, pero no definitivamente maligno todavía, que constituye el estado precanceroso, y un 3.º período, de *hiperplasia epitelial terciaria*, esencialmente infectante, migratoria e infiltrante (tóxica), que constituye el cáncer. Pues bien; el secreto del éxito radica en practicar la exéresis durante el segundo período, ya que la expectación sólo puede conducir a comprometer el éxito definitivo.

En la sesión del 27 de noviembre de 1926, al discutirse el tema desarrollado por otro Señor Académico, sobre: *El porvenir de los gastroenterostomizados*, intervino en la discusión, siendo aquella su prosteria intervención en sesión pública.

En los últimos años de su vida académica, que son los que he pasado más cerca de Carde-

nal, me ha sido dable admirar sus esfuerzos por mantener la independencia y serenidad del espíritu académico contra todos los embates que lo pudieran agitar, y no sin añoranza recordaba nombres y hechos, y desde lo más hondo de su corazón, deesaba para la Academia un futuro esplendoroso. Como indicio de su sentir, indudablemente, ocupaba en las sesiones ordinarias el sillón central, que todos le respetábamos. Su neutralidad corría parejas con su independencia de carácter, que le servía de guía en todos sus actos en esta casa, y por estas cualidades que todos le reconocíamos de buen grado, y por el valor y relieve de su personalidad, pudo emitir juicios que sólo a él le hubieran sido permitidos, demostración evidente de su reconocida autoridad. A él se hubiera podido aplicar aquella anécdota que se refiere de un gran orador y mediocre político (Olózaga), al que eligieron para integrar una Comisión parlamentaria, y como no le nombraran Presidente; y alguien, en tono zumbón se lo indicara, contestó: "Poco importa que coloquen la locomotora delante o detrás del tren, pues en todo caso, o le empuja o le arrastra." Nuestro compañero, que era siempre respetuoso con todos, no hubierapronunciado esta frase, pero lo cierto es, que en la práctica, cuando Cardenal exponía su opinión, concluíamos por seguirla.

Cardenal fué un hombre: sincero, honrado, sereno, ilustrado y sabio; Maestro de cirujanos, modelo de ciudadanos y de académicos. Quien quiera convencerse de ello repase el último discurso que leyó en esta Academia el 19 de junio de 1925, que en la página 45 dice: "Tal vez sea una debilidad mía, pero he de confesaros que en algunos momentos y en vista de ciertas audacias, que nada disculpa ni autoriza, he llegado a dudar si los que, en un grado mayor o menor, y no por mérito nuestro, sino por el momento en que hemos vivido, hemos contribuido a la popularización y vulgarización de la antisepsia, y asimismo de la hemostasia y de la misma anestesia, habremos tal vez contribuido también, sin quererlo, a un mal..." Y más adelante de su discurso, en la página 49, al señalar las reglas que deben seguirse para las indicaciones operatorias, las condensa en los siguientes términos, que debe plantear ante su conciencia el Cirujano: "¿Propondría yo, en un caso análogo, y realizaría lo que aquí propongo, si en vez de tratarse de un extraño se tratara de uno de mis hijos, de mi madre o de mí mismo? Lo he dicho ya en otro lugar y lo repito aquí, y no me cansaré de repetirlo; *ese es el único criterio seguro y que no falla nunca!*" Quien en estos términos se expresaba, era un maestro en cirugía, y un cumplido caballero en ética profesional. ¡Que no se olvide tan segura y preciosa indicación!

Aún a trueque de descender a detalles que a primera vista parecerán inoportunos, y que si lo fuesen no los referiría, diré que sucumbió a los embates de una apendicitis que se inició mediada la noche del 23 de abril último, y (conviene decirlo, porque demuestra el temple acerca de su alma), al exponerle los compañeros que le asistían, los términos del problema diagnóstico y quirúrgico, para que resolviera, ya que la integridad de su inteligencia era completa, optó por la no intervención, teniendo en cuenta las circunstancias del caso. Esta resolución fué respetada por los llamados a resolver, pero entre el público se comentó epigramáticamente (personalmente tuve que poner las cosas en su lugar, a este respecto, entre personas de relieve), pero precisamente su resolución demuestra de modo evidente la claridad de su juicio clínico, porque no más de año y medio hacía, que en el discurso de contestación al que he hecho referencia, en la pág. 44, dijo: "Pero tocamos aquí un punto delicadísimo de ética profesional, el de la distinción y exacta apreciación de los que debemos someter al riesgo de una operación grave, capaz de reportarles un positivo beneficio, y aquéllos en que es casi inhumano emprender una operación peligrosa sin indicación ni necesidad suficientemente demostrada, con escasa o nula esperanza de éxito y con peligro seguro, o más que probable, de empeorar la situación del paciente." No me cabe duda, que dado el estado de ánimo de nuestro querido compañero, la resolución que tomó, la tomó con la máxima ecuanimidad compatible con su estado.

Cerremos este paréntesis y continuemos nuestra labor.

Dos cosas envidié a Cardenal, y no las recato a vuestro conocimiento: su talento y su biblioteca. El talento es un don del Creador, quien en sus altos designios dispone, sin duda, que entre la infinidad de seres que nos agitamos en este mundo, alumbrados por la débil candileja de una inteligencia de las que podemos llamar reglamentarias, destaque alguno que con una potente antorcha por cerebro, señale a los demás el camino del progreso que nos ha de llevar a admirar con mayor convicción el infinito poder del Creador. Su biblioteca; era una hermosa biblioteca para un particular. Constaba de unos mil volúmenes, cuya inmensa mayoría tratan de cirugía, estan-

do representadas principalmente la gran cirugía y la ginecología, con obras y con colecciones completas de las principales revistas. La medicina y las especialidades cuentan también con nutrida representación, así como la sección de enciclopedias, que es magnífica. Las demás disciplinas científicas tienen una representación mucho más modesta, por lo menos en los anaqueles abiertos, pues los cerrados, que son los más bajos, están destinados a libros menos importantes. Lo que constituye el principal atractivo de dicha biblioteca, es su adaptación para el estudio, pues tiene sendas mesas para depositar los libros o los papeles de consulta, y mesitas transportables, facis-toles y escala para alcanzar los más elevados estantes; calefacción central para hacer confortable la estancia, y al contemplar reunidas tantas comodidades, conociendo las aficiones de su dueño, se comprende que en ella permaneciese hasta altas horas de la madrugada, según su inveterada costumbre. Pocos son los que pueden proporcionarse este lujo, que para los estudiosos es una delectación, si bien es cierto que son pocas las bibliotecas que caen en tan buenas manos, pues abundan más los Doctores sin libros y hasta los libros, sin Doctor que los lea; así como son más numerosos los bibliómanos que los bibliófilos y que los sencillos amigos del estudio. Lord Roseberry, en un discurso que pronunció en la inauguración de una biblioteca, dijo, que estas eran cementerios de libros; más yo os aseguro que la del Dr. Cardenal ofrecía un aspecto diametralmente opuesto; era un templo de la Ciencia, en plena actividad.

La labor de nuestro biografiado, como publicista, pese a su talento y a la preparación y elementos de que disponía, no fué todo lo nutrida que hubiéramos deseado todos sus admiradores; pero en el prólogo de la segunda edición de su Cirugía ya explica los motivos por los cuales resulta tan difícil en nuestra Patria que un hombre de ciencia, y aún más precisamente, un médico, muy atareado, pueda hallar la oportunidad de dedicarse a escribir, y sus razones son argumentos de peso, aunque no irrefutables. Menos mal que si no escribió mucho no escatimó su labor docente en esta Academia y en las salas de operaciones, y gracias a ellas, han sido numerosos y distinguidos sus discípulos, que con él han contribuido al adelanto de la Cirugía hispana.

Cardenal había nacido para cirujano, y sus profundos conocimientos anatómicos basados en una práctica constante de la disección durante un decenio, le habían colocado en las mejores condiciones para serlo. Con natural gracejo refiere en uno de sus discursos, el estado lamentable de la cirugía en 1875, cuando se decidió por dedicarse a su ejercicio, y añade, que afortunadamente para él, coincidió con su propósito el éxito de los trabajos de Pasteur, y su aplicación a la cirugía por Lister, con cuyos descubrimientos entró la práctica quirúrgica en el camino de los éxitos, que en progresión ascendente han ido ensanchando sus dominios; y aunque esto es cierto, debemos reconocer en justicia que no se abandonó a la corriente, sino que se incorporó a ella con la impetuosidad de su carácter, y su alto valer científico hizo que no fuera uno de tantos discípulos, sino que alcanzó bien pronto la categoría de apóstol en la difusión de la buena nueva, hasta llegar a la de Maestro, en la que ha permanecido hasta el día de su muerte.

Cardenal era fundamentalmente cirujano; era un gran cirujano con el bisturí; era cirujano cuando hablaba, apartando toda palabra vana o no indispensable (no le hubiera sido difícil prescindir de los adjetivos en la conversación), y era cirujano cuando escribía, pues en algunos de sus discursos parecía un iconoclasta a fuerza de prescindir de pautas convencionales. Es curioso a este propósito su discurso inaugural, en el que desarrolla el tema de las heridas por armas de guerra, aunque propiamente en el original no consta el tema, ni la fecha en que fué escrito, y rompe con la tradición del tema doctrinal, substituyéndolo por otro objetivo y de palpitante actualidad.

Nuestro biografiado hubiera sido un insuperable maestro de Clínica quirúrgica, pero tengo mis dudas acerca de que hubiese sido tan excelente maestro de Patología, y lo comprenderéis muy fácilmente, porque así como aquel ha de presentar las cosas fotografiadas, del natural, éste las ha de presentar en forma didáctica, como las representaría un artista que hubiese de ofrecer al alumno un cuadro sintético de la enfermedad, que comprendiese todos los casos de la misma, aunque en realidad ninguno encaje por completo en la descripción, y para quien como él tenga un talento fundamentalmente objetivo, esta ficción no es fácilmente asimilable; por más que ocurre a veces con los grandes talentos, que apesar de pertenecer a un sector determina-

do, nos sorprenden con sus múltiples recursos, que les permiten asombrarnos con su polimorfismo, que les proporciona una asombrosa facilidad de adaptación.

Ya habréis comprendido por alguna de las referencias que acabo de hacer, que el carácter de nuestro compañero era enemigo de la ficción; y, en efecto, era franco sin eufemismos, pero tenía una forma especial de decir la verdad que le era peculiar, porque sin menguar la magnitud de su concepto, era considerado en la elección de vocablos, situándose en un plano de modestia simpática, que para un hombre de su valer, le conquistaba desde el primer momento la consideración y el respeto.

A nadie con más justicia que a él, se le podrá decir que era hijo de sus obras, pues éstas le elevaron hasta la altura en que le colocó su grande autoridad científica. Buena prueba de ello fué el éxito del homenaje que le dedicó esta Real Academia con motivo de sus bodas de oro con la Medicina, al que espontáneamente se asoció S. M. el Rey (q. D. g.), condecorándole con la gran cruz de Alfonso XIII, preciado galardón a su alta significación científica. También se le rindió otro gran homenaje organizado por la clase médica, que por su importancia patentizó la alta significación de su Magisterio; y esto no obstante, valía mucho más que por los títulos y distinciones que había merecido, por su talento y por su selecta práctica, que le conquistaron un renombre que será glorioso en las gestas de la Cirugía española, y que será para sus descendientes no tan sólo una ejecutoria, si que también un yugo, por lo mucho que obliga al que lo lleve.

Y llego al fin, no porque se haya agotado la materia, sino porque es preciso terminar; pero como sería lamentable que de la vida de un Académico tan eximio no quedara más que su retrato en este salón de actos, yo os invito, en memoria de nuestro compañero, que era toda actividad y que dedicaba a la Academia sus afanes y sus predilecciones, a que sigamos decididamente su ejemplo, sin tibiezas, para fomentar la vida científica de esta Asociación. Cardenal predicaba con el ejemplo; ejemplo de presentación y ejemplo de labor. Por desgracia, los hombres abnegados, como él, escasean. Decía Stahl (1): "Si el hombre puede vivir algún tiempo, ¿por qué no podrá vivir siempre?", y yo le repito, como el mejor recuerdo que podemos dirigir a nuestro finido compañero y como el mejor elogio que puedo hacer de él; pero los designios del Supremo Hacedor son ineludibles; todo lo que nace muere; mas yo os conjuro en su nombre (y estoy seguro de que sería lo único de cuanto os he dicho, que él hubiera escuchado con gusto), a que sigamos su ejemplo y colaboremos unidos, con fervor y eficacia en pro de esta Corporación, y así contribuiremos al progreso de la Ciencia, al esplendor de nuestra Patria, al alivio de los sufrimientos de nuestros hermanos y al enaltecimiento de la Ética profesional, que fueron ideales de su vida.

Y para dar por cumplido el encargo recibido de esta Real Academia, réstame ofrendar a su apesadumbrada familia el testimonio de nuestro dolor por tan irreparable pérdida, que también a nosotros tan hondamente nos afecta, y expresar la esperanza de que por la abundancia de sus buenas obras para con los desvalidos, merecerá la dicha de gozar en su día de la Eterna Recompensa.

Los discursos de los Doctores Corachán, Trías Pujol y Menacho, Académicos numerarios, fueron leídos en la solemne Sesión Necrológica de 17 de febrero de 1928 en honor y buena memoria del insigne Académico el

Doctor SALVADOR CARDENAL.

La Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona quiso manifestar con dicho acto su gran dolor y profunda admiración.

(1) PICOT: *Los grandes procesos morbosos*; Introducción, pág. XXVIII.